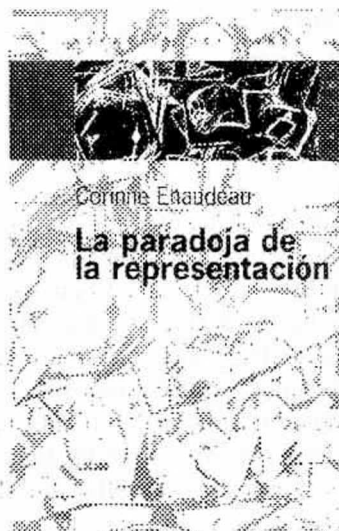


La paradoja de la representación

Corinne Enaudeau
Barcelona: Paidós, 1999.
Colección Espacios del Saber
Traducción de la edición francesa:
Jorge Piatigorsky
245 p.



Según Émile Cioran, se aprehende la realidad cuando es posible establecer diferentes relaciones entre los objetos, cuando se tejen nuevas redes de sentido en ella: sólo de esta forma el sujeto es capaz de asirla y de comprenderla. Pero entonces surge también el problema nodal, porque a esa realidad hay que explicarla.

Allí residiría – aunque ya no desde una perspectiva escéptica – para Corinne Enaudeau, la paradoja de la representación: en que no existe la cosa en sí sin la mediación de los signos; sin la acción mimética. Desplazamiento que sin embargo señala un hiato, el de una ausencia que se constituye a la vez en ruptura definitiva con la esencia original del objeto: “Lo real sólo existe al ser transportado por nosotros fuera de nuestro alcance, transplantado allá, lejos de lo que, aquí, lo

sojuzga y lo ignora [...] Lo real no está dado, lo confeccionamos en figuras cambiantes" (242-243).

Con un estilo de escritura que por momentos recuerda al Barthes de *El placer del texto*, Enaudeau explora esa escisión en el canon de la filosofía occidental: Platón, Descartes, Kant, Nietzsche, Schopenhauer; pero también los mitos, Wittgenstein y Freud. Desde la idea platónica de la "traición" del lenguaje instituido a la esencia de las cosas, hasta la exploración freudiana de la cura psicoanalítica como experiencia inédita de las palabras, que liberará para el sujeto — superada una transferencia inicial — la posibilidad de interpretar y representar "esa tierra extraña externa", esto es, el nombre dado por Freud a la realidad; desde la crítica al racionalismo por su desconfianza de lo real (según Enaudeau, el racionalista inventa los órdenes generales de las cosas antes de hacer esas mismas cosas), hasta la mirada sobre Narciso en tanto representante que quiere romper con su representado, y causar su alienación radical, el texto procura demostrar por qué la representación hace imposible el retorno a la esencia edénica de la cosa. Y qué ganamos, en tanto posibilidad, con que ello sea así: ya no habría que buscar lo verdadero, o la evidencia incapaz de decirnos algo, sino lo real, es decir, aquellas figuras cambiantes, aquellas miradas particulares que sí lo pueden crear.

El texto está conformado por diecisiete capítulos que admiten ser leídos en forma fragmentaria, pues el estilo de Enaudeau se reconoce un poco más próximo al aforismo nietzscheano que a los cánones de la *expositio* tradicional. Pero también, porque *La paradoja de la representación* prefiere sugerir a concluir, esbozar a prescribir, la apertura al cierre, la inquietud a la respuesta, el vuelo poético a la conceptualización rígida; por esta razón será sin dudas más atractivo a una lectura de sesgo deconstruccionista, que a la expectativa de una *Summa* (descriptiva, internalista o contextual) sobre la cuestión epistemológica planteada. Es en la fractura de los discursos, tal como postulara Lacan, y en la diseminación de los sentidos, a la manera derrideana, donde Enaudeau cree poder "trazar un plano nuevo en el que se engendre lo real, pero sin fijar su identidad. Hay que desplazar, mover recortes y perspectivas, atrapar al vuelo la forma efímera que esclarece la cuestión y calma la excitación. Hasta la próxima vez" (245).

Patricia Andrea Malone